

Tom Burns Marañón

De la fruta madura a la manzana podrida

El laberinto de la Transición española



© Alba Lajarí

Tom Burns Marañón (Londres, 1948) nació en el seno de una familia hispano-inglesa, fue alumno del profesor Raymond Carr en la Universidad de Oxford, donde estudió Historia moderna, y fue enviado a Madrid como corresponsal de la agencia Reuters en 1974. Posteriormente, fue delegado en España de la revista *Newsweek* y del diario *The Washington Post*, y durante una dilatada etapa fue corresponsal del *Financial Times*. Es autor de una trilogía sobre el cambio político en España en clave de historia oral –*Conversaciones sobre el Rey* (1995), *Conversaciones sobre el socialismo* (1996) y *Conversaciones sobre la derecha* (1997)–, considerada como una referencia ineludible en la historiografía de la Transición. Entre sus obras destacan *La Monarquía necesaria* (2007) e *Hispanomanía*, un estudio sobre la creación de la imagen romántica de España por escritores anglosajones, que fue reeditada en Galaxia Gutenberg con un extenso *Prólogo para franceses* en 2014. Participa en numerosos foros de análisis político y financiero y es patrono de diversas fundaciones, entre ellas la Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón. En 2001 fue nombrado oficial de la Orden del Imperio Británico por la reina Isabel II por su contribución a las relaciones culturales entre el Reino Unido y España, y en 2014 recibió el XXV premio de periodismo de la Fundación Institucional Española (FIES) de manos del rey Felipe VI.

A los cuarenta años de la muerte del general Franco arrecian grietas en el sistema parlamentario bipartidista que sustituyó a casi cuatro décadas de dictadura, en la administración autonómica que creó la Constitución de 1978, y en el mismo consenso entre los españoles que hizo posible la transición política a la democracia. En *De la fruta madura a la manzana podrida*, el periodista y ensayista hispano-británico Tom Burns Marañón ofrece un penetrante análisis de la certera travesía social e institucional que hizo posible la libertad y la reconciliación en España y de los pasos equívocos, las conductas erróneas y las sensibilidades desacertadas que posteriormente empañaron los logros conseguidos.

Nacido en Londres, formado en la facultad de Historia de la Universidad de Oxford y corresponsal en España de importantes medios extranjeros, Tom Burns Marañón fue un testigo independiente del tardofranquismo y de la normalización de España. El autor recurre a su amplia base de documentación de primera mano y a sus propias observaciones sobre el discurrir de los hechos para construir una interpretación lúcida y original de la desafección que ha sustituido a la ilusión inicial hace cuarenta años. Por estar tan maduro el deseo de libertad, de reconciliación y de normalización política en una sociedad ya económica y socialmente avanzada, el cambio de régimen descuidó aspectos esenciales en la construcción de una sólida democracia e ignoró mecanismos para la continuada perfección del sistema. La fruta, por tanto, se pudrió.

Tom Burns Marañón

De la fruta madura a la manzana podrida

El laberinto de la Transición española

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes, con la colaboración de Rafael Borràs

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: octubre 2015

© Tom Burns Marañón, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015
Imagen de cubierta: © Estudio Pep Carrió, 2015

Conversión a formato digital: gama s.l.
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-20-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Manuela y Thomas

Índice

Introducción

Capítulo 1. Continuidad sin continuismo

Capítulo 2. Los reformistas del Régimen y los demócrata-cristianos

Capítulo 3. Los franquistas finiquitan el Régimen

Capítulo 4. Franco y la Monarquía

Capítulo 5. Don Juan Carlos y el franquismo

Capítulo 6. El ostracismo político de don Juan Carlos

Capítulo 7. Los límites políticos del Régimen

Capítulo 8. Don Juan Carlos y el tardofranquismo

Capítulo 9. Don Juan Carlos y la sucesión

Capítulo 10. El imparable ascenso de Felipe González

Capítulo 11. El felipismo acopia poder

Capítulo 12. Luces y sombras del felipismo

Capítulo 13. El imparable fracaso del centro-derecha

Capítulo 14. La búsqueda del centro político

Capítulo 15. El centro reformista que no cuajó

Notas

Bibliografía

Agradecimientos

Introducción

Todo se transformó en España durante los casi cuarenta años que duró el franquismo salvo el sistema político. La España rural y del hambre se convirtió en una sociedad urbana de consumo, pero el poder lo controló siempre la misma persona y lo administró su partido único. La democracia reemplazó a la dictadura, y a los cuarenta años de la muerte de Franco se puede decir algo parecido. La España de la *Hoja del Lunes* pasó a tener la oferta plural de la información digital, pero la gobernanza de su ciudadanía siguió en manos de un estamento político sellado, compacto y endogámico.

Al acabar la Segunda Guerra Mundial, pautas y aspiraciones civiles se renovaron en toda Europa. En España, que anteriormente había sufrido su fratricidio particular, la prolongación de la dictadura de Franco demoró la normalización política, pero no pudo evitar los cambios en la sociedad. El nuevo ordenamiento democrático mostraría una resistencia similar a acompañar políticamente la evolución socioeconómica de los españoles.

La demanda de romper con los viejos moldes del poder fue generalizada en 1975. Cuatro décadas después del fin físico de Franco, los paradigmas gubernamentales estaban de nuevo anquilosados y la exigencia de una regeneración política retornó con fuerza. El poder manifestó un rígido

apego a las reglas fundacionales con las cuales se constituyó, fuese como dictadura o como democracia. En un sistema y en otro, el principio de «defendella y no enmendalla» siguió vigente. Llámese un ejemplo de una inflexible «excepcionalidad» hispana.

Ocurrió que las tipologías del sistema dictatorial fenecido fueron heredadas por el democrático que le sustituyó. El primero, que negó el sufragio universal y las libertades políticas, fue menos totalitario en sus finales, y el segundo, que protegió constitucionalmente los derechos universales, fue más pluralista en sus principios. En líneas generales, ambos sistemas actuaron con una prepotencia semejante.

Al igual que en el franquismo, el ejercicio del poder en la democracia se distinguió por el hiperliderazgo, la jerarquización del mando, el dirigismo y por la aversión a la transparencia y a la rendición de cuentas. Los partidos políticos, al crear aparatos para intermediar en la administración, reprodujeron el intrusismo del Movimiento Nacional franquista. En la percepción pública, los pagos de la partidocracia se convirtieron en cotos cerrados de cohecho.

Este relato *De la fruta madura a la manzana podrida* parte de la reflexión sobre un proceso político que acabó por dilapidar el entusiasmo que engendró en sus comienzos. Es un ensayo en torno a las personalidades y los propósitos que enmarcaron el cambio del sistema y a la proyección del legado franquista sobre la Monarquía parlamentaria que enterró el Régimen.

La «fruta madura» fue el deseo de reconciliación y de normalización política que la sociedad española compartió de una manera muy amplia al morir Franco. La Transición cosechó el fruto. La «manzana podrida» es la metáfora del posterior desencanto con el nuevo concierto institucional.

La Transición fue un impulso generacional, liderado por don Juan Carlos, el sucesor de Franco a título de Rey, para emerger pronto, sano y salvo, de la dictadura. El ejercicio tuvo sus ganadores y sus perdedores. Unos superaron el re-

to y salieron del laberinto; otros se enredaron al intentarlo. Hubo hojas de ruta equívocas, planes que se torcieron y aciertos clarividentes.

Tuve la inmensa suerte de poder vivir muy de cerca el cambio político y su desenlace como corresponsal de medios extranjeros. Es posible que para ver las cosas bien convenga ser algo forastero. En el ensayo recurro a algunas vivencias que me fueron esclarecedoras. Una segunda fuente de documentación propia es la historia oral del proceso –*Conversaciones sobre el Rey, Conversaciones sobre el socialismo y Conversaciones sobre la derecha*– que escribí en años sucesivos a partir del vigésimo aniversario de la muerte de Franco.

Varias de aquellas conversaciones recorren este ensayo. Pasadas dos décadas, y desde la actual perspectiva, estos testimonios son aún más enriquecedores. Al ordenarlos de nuevo, he comprendido mejor cómo determinadas actitudes y acciones dieron como resultado un sistema político que, con el tiempo, se estancaría de nuevo. Se diría que los periodos en la gestión de la cosa pública duran indefectiblemente cuarenta años. Cuando cumplen ese ciclo, reverdecen, con más pujanza si cabe, las siempre insatisfechas demandas de regeneración.

Para entender la «fruta madura» se ha de retroceder al tardofranquismo y convivir con las voluntades del anciano dictador, con las limitaciones de sus últimos gobiernos, con el posicionamiento de los llamados jóvenes reformistas del Régimen, con las expectativas de la oposición y con las de la mayoría silenciosa. Se ha de estar próximo a las ambiciones de don Juan Carlos en su búsqueda por encontrar la salida del laberinto franquista.

Cuarenta años después, se puede entender mejor cómo el fruto se marchitó al seguir las trayectorias de Adolfo Suárez y del espejismo que fue Unión de Centro Democrático (UCD), de la conversión del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) en el fenómeno del *felipismo* y de la zigza-

gueante reconstrucción del centro-derecha por Manuel Fraga Iribarne y José María Aznar.

Las actitudes y las acciones en la Transición fueron lo que fueron. Se discurrió y se obró de acuerdo con un contexto, y la evaluación ha de errar por el lado de la generosidad. No por culpa suya: los dirigentes políticos tenían un conocimiento superficial de la sociedad abierta y plural y se adentraron en un territorio sin mapas. Hace cuarenta años, la clase política española mereció el elogio unánime de las democracias parlamentarias.

Los protagonistas de la Transición no fueron los padres fundadores de la democracia en Estados Unidos, pero consiguieron construir el mejor edificio constitucional de cuantos fueron levantados por próceres españoles en los últimos doscientos años. Su principal mérito fue haber absorbido las lecciones que imparten los fracasados intentos anteriores de crear una concordia. Sólo con eso bastaba y sobraba. La Constitución de 1978 merece respeto, y su arquitectura sólo la cuestiona el pensamiento desordenado.

Tal fue la madurez y el peso de la «fruta», que se recolectó con suma rapidez. El anhelo por las libertades públicas y la impaciencia por obtenerlas facilitaron el consenso político e impusieron prisas al tránsito transformador. Desde la propuesta inicial de una reforma política del Régimen hasta la creación de una Monarquía parlamentaria respaldada por una nueva constitución, el proceso duró escasamente dos años y medio.

La consecuencia de estos condicionantes fue que no se produjeron prolongados debates sobre la separación de poderes. No se avalaron los contrapoderes judiciales y legislativos para controlar al Ejecutivo, equilibrar sus prerrogativas y afianzar una democracia abierta y liberal. En lugar de fundados diálogos sobre teorías constitucionales, hubo pactos expeditivos, a la media luz de la madrugada y sin taquígrafos, entre los portavoces de UCD y del PSOE, que,

en las elecciones de 1977, obtuvieron conjuntamente una fuerte pluralidad parlamentaria.

La Constitución de 1978 también obvió la inclusión de normas y de fluidos mecanismos corregidores para su continua puesta a punto y mejora. Muy al contrario, lo que hizo fue introducir procedimientos que convirtieron cualquier enmienda en un asunto complejo y laborioso. La Constitución que refrendaron los españoles y sancionó el Rey fue blindada ante cambios posteriores. Estaba hecha para durar. Se esculpió en piedra granítica.

La Constitución proclamó la Monarquía parlamentaria como la forma política del Estado español. La intención de los dos partidos predominantes en el Congreso fue establecer un sistema bipartidista en el cual ambos se alternarían en el poder según el apoyo recibido en elecciones generales al final de legislaturas que durarían un máximo de cuatro años. El ejemplo a seguir fue el de lo que entonces se llamaba la «democracia de corte europeo». Con ese fin, la ley electoral favoreció la formación de dos grandes organizaciones políticas.

El objetivo bipartidista descarriló el año siguiente de dimitir Adolfo Suárez como presidente del Gobierno y antes de cumplirse cuatro años de la entrada en vigor de la Constitución. En las elecciones de 1982, las segundas del régimen constitucional, desapareció UCD como partido político, y el aplastante poder que obtuvo el PSOE fue de una envergadura desconocida en cualquier parlamento europeo. El Partido Socialista gobernó a lo largo de cuatro legislaturas, y la ausencia de equilibrios y alternancias parlamentarias tuvo sus consecuencias.

La Monarquía parlamentaria se asentó, a todos los efectos, sobre un único partido. La hegemonía del Gobierno socialista, y concretamente el hiperliderazgo de Felipe González, dejó una profunda huella sobre el comportamiento del poder en el recién estrenado sistema de pluralismo político. El aparato del PSOE, controlado por Alfonso

Guerra, creó una extensa red clientelar cuya nada ejemplar conducta socavó valores y principios de ética y decencia política.

El centro-derecha tardó catorce años en recuperar el poder que perdió en 1982 y, al conseguirlo, el Partido Popular (PP) se adaptó a los comportamientos y a las conductas que heredó. La euforia al repartir las mieles del triunfo esfumó cualquier compromiso de regenerar y robustecer la sociedad civil. La alternancia de poder se había demorado en demasía y para entonces la «fruta madura» ya era la «manzana podrida». Al suceder a Felipe González, José María Aznar optó por sostener el sistema en lugar de enmendarlo.

CAPÍTULO 1

Continuidad sin continuismo

En los tres días siguientes a la muerte de Francisco Franco en la madrugada del 20 de noviembre 1975, una eterna cola se formó en la plaza de Oriente de Madrid donde tantas veces el dictador había arengado a las masas. Venida de toda España, la gente esperó horas en silencio para pasar por delante de su cuerpo insepulto, que había sido instalado en el Palacio Real. La despedida por esta enorme multitud de quien el 1 de octubre de 1936, a comienzos de la guerra civil, había sido nombrado jefe del Estado por una junta de generales sublevados reunida en Burgos, fue un duelo nacional inapelable.

Presenció el luto como corresponsal de la agencia Reuters y escribí que fue extenso, hondo y sincero porque así es como me pareció a mí. El periodismo que observa los hechos sobre el terreno y los relata con fidelidad es una aportación clave a la historia. Mejora, porque matiza como fuente histórica la de los despachos diplomáticos interesados y también la de los testimonios de los actores de los hechos que ocultan o directamente mienten en aras de su autojustificación. Por eso, los historiadores prefieren documentarse con cartas y diarios, y los que se dedican a la historia contemporánea acuden a las hemerotecas.

Reuters me había enviado a Madrid el año anterior para completar mi formación, y confiaba que me desenvolvería con soltura en la delegación puesto que, desde que nacimos, mis padres nos trasladaron incesantemente a mis hermanos y a mí de Londres a Madrid y de vuelta a Londres.

Nunca me he sentido «extranjero» en España y como corresponsal sabía muy bien que había otras realidades al margen de ese luto tan cívico.

En los meses anteriores había escrito sobre conflictos laborales y estudiantiles y sentencias del Tribunal del Orden Público, sobre estados de excepción, sobre el terrorismo de ETA y las manifestaciones de la ultraderecha, y sobre un malestar que se extendía desde las facultades a las fábricas pasando por jerarquías eclesiásticas y parroquias. Sabía muy bien que el Régimen padecía una profunda crisis desde bastante antes de comenzar la agonía de su fundador.

A los diez años de morir Franco, un notable profesor de Historia Contemporánea resumió acertadamente el trance: «España era un Estado católico donde la Iglesia condenaba el Régimen y donde se clamaba, en las calles, contra el arzobispo de Madrid y los “obispos rojos”. Era un Estado que prohibía las huelgas y donde éstas se realizaban por miles; era un Estado autoritario, que buscaba, por su mala conciencia, alguna forma de legitimidad democrática».¹

A los cuarenta años de la muerte de Franco este juicio resiste el paso del tiempo. Las contradicciones del Régimen estaban muy presentes a la muerte de su fundador y por eso mismo fue, y sigue siendo, complejo interpretar el duelo de aquellos días.

¿Qué significaba exactamente la tan sentida despedida del dictador? En los años posteriores se ha escrito mucho sobre el franquismo sociológico, que era a la vez, y con mayor precisión, descrito como una adhesión coyuntural. ¿Explica esto el extraordinario pésame que tuvo lugar? ¿Fue Franco un muy destacado ejemplar de la casta tradicional hispánica, eso que Antonio Machado llamaba «macizo de la raza»?

Se sabe muy bien que los españoles, como todos los pueblos del Mediterráneo, se vuelcan a la hora de enterrar a sus muertos. Unas semanas antes del 20 de noviembre estuve en la Monumental de Las Ventas cuando se despidió